

a la altura de mis demandas, quiero decir que, ciertamente, ninguno de ellos se decidió a arriesgarse conmigo avalando un intento de doblegar los instrumentos y los usos académicos para tratar de acercarlos hasta la orilla del aula donde yo trabajaba sin la menor intención de olvidarla tal como era; pero culpa, lo que se dice culpa ligada a un perjuicio, ninguna, más bien todo lo contrario, quizás ellos con su prudencia y yo con mi obstinación confirmamos que para un docente de primaria o secundaria empeñado en desarrollar su profesionalidad, no hay nada mejor que aprender a nadar y así poder cruzar libremente entre las orillas de la Academia y la escuela o el instituto, siendo ese bracear diario lo que realmente fortalece y habilita para ejercitar una profesión tan distinta de las ingenierías y las técnicas que permiten encofrar y construir sólidos puentes, al ser lo nuestro más bien un constante y personal trajinar a nado entre las orillas de la teoría y de la práctica.

Invitado a la UIMP

Cuando el Prof. Alberto Luis Gómez, mi mejor mentor en el ámbito universitario, me llamó para decirme que quería contar conmigo para el seminario sobre la formación del profesorado que iba a dirigir en los cursos de verano de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (2005) conjuntamente con el Prof. Juan Manuel Escudero, no me mostré muy dispuesto. No era yo lo que se dice un reconocido experto internacional en el tema, y hablar de mis ideas y mi experiencia en un foro tan prestigioso me parecía que podía resultar demasiado atrevido. Había recorrido a diario el trayecto de ida y vuelta entre la universidad y la escuela y estaba seguro de lo que ello había significado para mi formación profesional, pero no había conseguido logros significativos más allá de mí mismo, a pesar de haberme dedicado intensamente durante más de una década a la formación del profesorado. Así que hice un primer esbozo y lo sometí a la consideración de los organizadores. Cuando lo aceptaron, me senté a trabajar en ello y escribí el texto titulado *La formación del profesorado y el desarrollo de una pequeña pedagogía crítica. Notas autobiográficas de una vida profesional en la frontera* (ya citado en la nota 22). Fue aquella, creo recordar, la primera vez que presenté en público la idea de la *pequeña pedagogía*. El asunto tuvo el añadido anecdótico de que en el mismo seminario participaba también el Prof. Ewald Terhart, de quien había tomado tan atractiva y sugerente denominación, si bien uno y otro no le dimos a la expresión exactamente el mismo significado.

Aunque no es del todo cierto, porque aún enseñé en la facultad tres cursos más, suelo ubicar en el Palacio de la Magdalena, con respetuoso humor y por aquello de situarme en la cumbre, la despedida de mis relaciones con la universidad. Me gusta hacerlo así porque fue aquel un decorado **como de cuento**, perfecto para escenificar una relación que tuvo algo de fantástica.

Como de cuento

De cuento de hadas, con palacio y todo, así fue el decorado de aquella intervención mía en la UIMP. Ni Perrault ni los Hermanos Grimm ni la más reciente factoría Disney habrían hallado escenario más apropiado para representar la fabulosa historia de las relaciones entre un modesto docente y la muy noble universidad que lo acogió en su seno.

Estuve allí a finales de agosto de 2005, hospedado (acompañante incluida) durante varios días en una buhardilla con vistas a la Bahía de Santander. Cuarenta y ocho horas después de aquello iniciaba un nuevo curso en el Colegio Público de Villar Pando. Aquel palacio en la Península de La Magdalena y mi escuela en un barrio de Oviedo representan a la



perfección los límites del territorio del que allí hablé, que no fue otro que el que media entre el conocimiento académico universitario y la enseñanza en una escuela. La propia denominación que le di a mi propuesta (*pequeña pedagogía*) tuvo algo de título de cuento. Si podía estar seguro de que no se trataba de una ficción era porque yo mismo había vivido en primera persona la historia que allí relaté. Ya entonces me pareció que la forma autobiográfica era la más apropiada para abordar las relaciones entre la teoría y la práctica, de modo que tentado estuve en el prólogo a presentar esta autobiografía como hija concebida en Santander, fruto del encuentro, en una romántica buhardilla, del ceniciento maestro que fui y la altiva princesa que me acogió en su palacio.

El distanciamiento de las militancias

Al comenzar este periodo de mi vida formaba parte de dos colectivos de profesores que se reclamaban críticos: [la Plataforma Asturiana de Educación Crítica](#) y [La Federación Icaria](#) (Fedicaria); y participaba en política a través de [otras organizaciones y movimientos](#). Al finalizarlo me había distanciado de todos ellos. No me había marchado a ninguna otra parte, simplemente me había ido replegando para rumiar en solitario mis dudas más generales y mis discrepancias concretas con quienes venían siendo mis compañeros y amigos. En solitario, pero no en silencio, porque ni valgo para callarme ni quería engañar a nadie ni me sentía culpable de nada. Si bien procuré ser prudente, tanto por mis inseguridades como para tratar de ponerme a salvo de esa especie de incruenta “ley de fugas” que se le suele aplicar a quien se aleja de “la tribu”. No la evité del todo.

Aunque el denominador común de estos distanciamientos fue el giro “conservador” de mi pensamiento crítico, cada caso tuvo sus matices, a los que haré referencia en